



GILLIATT ENCUENTRA EL ESQUELETO DE CLUBIN.

V.

EN EL INTERVALO QUE SEPARA SEIS PULGADAS DE DOS
PIES HAY DONDE ALOJAR Á LA MUERTE.

Gilliatt volvió á meter la caja en el cinto, y metió el cinto en el bolsillo de su pantalon.

Dejó el esqueleto á los cangrejos, con el pulpo muerto á su lado.

Mientras Gilliatt estaba entretenido con el pulpo y con el esqueleto, el flujo creciente habia inundado el corredor por donde habia entrado. Gilliatt no pudo subir sino buzando por debajo del arco, lo que hizo sin trabajo alguno, pues conocia la salida, y era maestro en la gimnasia del mar.

Se entrevé el drama que se habia representado allí diez

semanas antes. Un monstruo habia cogido á otro. El pulpo habia cogido á Clubin.

Se habia efectuado, en la sombra inexorable, lo que casi podríamos llamar el encuentro de las hipocresías. Habia habido, en el fondo del abismo, un abordaje entre dos existencias formadas de expectativa y de tinieblas, y una de ellas, que era la bestia, habia ejecutado á la otra que era el alma. ¡Siniestras justicias!

El cangrejo se nutre de carroña, el pulpo se nutre de cangrejos. El pulpo detiene al pasar á un animal que nada, una nutria, un perro, un hombre si puede, bebe la sangre, y deja en el fondo del agua el cuerpo muerto. Los cangrejos son los escarabajos necroforos del mar. La carne podrida los atrae; acuden, comen el cadáver, y el pulpo se los come á ellos. Las cosas muertas desaparecen en el cangrejo, el cangrejo desaparece en el pulpo. Hemos ya indicado esta ley.

Clubin habia sido el cebo del pulpo.

El pulpo le habia sujetado y ahogado; los cangrejos le habian devorado. Una ola cualquiera le habia arrojado dentro de la cueva, hasta el fondo de la fragosidad donde Gilliatt acababa de encontrar su cadáver.

Gilliatt se marchó, escarbando en las rocas, buscando erizos y lapas, y no queriendo cangrejos, porque si los hubiese comido, le hubiera parecido que comia carne humana. Por lo demás, él solo pensaba en cenar lo mejor posible antes de partir. Nada en lo sucesivo le detenia. A las grandes tempestades sucede siempre una calma que dura

á veces algunos dias. Ningun peligro habia respecto del mar. Gilliatt estaba resuelto á partir al dia siguiente. Importaba conservar durante la noche, á causa de la marea, el dique colocado entre los Douvres; pero Gilliatt pensaba deshacerlo al rayar el alba, dirigir la panza fuera del escollo, y hacerse á la vela para Saint-Sampson. La apacible brisa que soplabá, que era Sudeste, era precisamente el viento que mas le convenia.

Entrábase en el primer cuarto de luna de mayo; los dias eran largos.

Cuando Gilliatt, terminada su excursion en las rocas, y casi satisfecho su estómago, volvió al canal de los Douvres donde estaba la panza, el sol se habia puesto, y el crepúsculo duplicaba su luz con la del medio-claro de luna que se podria llamar claro de creciente. El flujo habia alcanzado su plenitud, y empezaba á bajar. La chimenea de la máquina, enhiesta encima de la panza, habia sido cubierta por las espumas de la tempestad con una capa de sal que la luna plateaba.

Esto recordó á Gilliatt que la tormenta habia arrojado dentro de la panza mucha agua de lluvia y de mar, y que, queriendo partir el dia siguiente, era menester achicar la barca.

Al dejar la panza para ir á caza de cangrejos, habia observado que habia cerca de seis pulgadas de agua en la sentina. Su achicador ó pala de desagüe bastaba para echar aquella agua fuera.

Al volver á la barca, Gilliatt se estremeció con un

movimiento de terror. Había dentro de la panza cerca de dos pies de agua.

¡Incidente terrible! la panza hacia aguas.

En el tiempo que estuvo fuera Gilliatt, la barca se había llenado poco á poco. Cargada como estaba, veinte pulgadas de agua eran un exceso peligroso. A poco más, se iría á pique. Si Gilliatt hubiera tardado una hora más en llegar, no hubiera hallado probablemente fuera del agua más que la chimenea y el mástil.

Ni un minuto podía perder deliberando. Era menester buscar la vía de agua, tatarla y luego achicar la barca, ó por lo menos aligerarla. Las bombas de agua de la *Duranda* se habían perdido en el naufragio; Gilliatt estaba reducido al achicador de la panza.

Lo primero era buscar la vía de agua. No había nada más apremiante. Gilliatt empezó á trabajar inmediatamente, sin darse siquiera tiempo de vestirse, no obstante estar tiritando. Ya no sentía el hambre ni el frío.

La panza siguió llenándose. Afortunadamente no hacia viento. El más mínimo balance la hubiera echado á pique.

La luna se ocultó. Gilliatt, á tientas, encorvado, metido en el agua hasta más de la mitad del cuerpo, buscó mucho tiempo. Descubrió al fin la avería.

Durante la tormenta, en el momento crítico en que la panza se había torcido, la robusta barca había tocado el fondo y chocado con bastante violencia contra la roca. Uno de los picos de la *Douvre* menor había hecho en el casco, á estribor, una fractura.

La vía de agua estaba desgraciadamente, y casi podríamos decir pérfidamente, situada junto al punto de encuentro de dos puercas, lo que, unido al sobresalto ocasionado por la tormenta, había impedido á Gilliatt, en su exámen oscuro y rápido durante lo más fuerte de la borrasca, percibir la avería.

La fractura alarmaba porque era ancha, pero si bien estaba sumergida á la sazón por la crecida interior del agua, tranquilizaba la circunstancia de hallarse encima de la línea de flotación.

En el instante de hacerse la grieta, el oleaje se hallaba rudamente sacudido en el estrecho, y no había ya nivel de flotación; las olas habían penetrado por la rotura en la panza, ésta bajo este sobrepeso se había hundido algunas pulgadas, y, aun después de apaciguado el mar, el peso del líquido infiltrado, haciendo subir la línea de flotación, había colocado la grieta debajo del agua. De ahí la inminencia del peligro. La crecida había aumentado de seis pulgadas á veinte. Pero consiguiendo tatar la vía de agua, se podría achicar la barca, la cual, una vez vaciada, volvería á su flotación normal, la fractura saldría del agua, y, en este caso, la reparación sería fácil, ó por lo menos posible.

Gilliatt, como hemos dicho, tenía aun en bastante buen estado sus herramientas de carpintería.

¡Pero cuántas incertidumbres antes de llegar á poder servirse de ellas! ¡cuántos peligros! ¡cuántas malas contingencias! Gilliatt oía cómo el agua brotaba inexorable.

Un sacudimiento bastaba para que zozobrase todo. ¡Qué miseria! Tal vez no era ya tiempo.

Gilliatt se acusó amargamente a sí propio. Debía haber visto inmediatamente la avería. Debían haberse advertido las seis pulgadas de agua en la sentina. Había estado estúpido atribuyendo aquellas seis pulgadas de agua á la lluvia y á la espuma. Se reconvino por haber dormido, por haber comido; se reconvino por su fatiga, se reconvino hasta por la tempestad y por la noche. Todo era culpa suya.

Las imprecaciones que vertía contra sí mismo se mezclaban con la agitacion de su trabajo y no le impedían obrar.

Había hallado la via de agua, y este era el primer paso; el segundo era cegarla. En aquel momento no le era dado hacer mas. No se ejerce bien el arte de carpintero debajo del agua.

Era una circunstancia favorable que la rotura del casco se hubiese verificado en el espacio comprendido entre las dos cadenas que sujetaban á estribor la chimenea de la máquina. Estas cadenas podían contribuir á sujetar el tapon de estopa.

El agua sin embargo ganaba terreno. La crecida había subido otros dos pies. A Gilliatt, puesto en pie, el agua le pasaba de las rodillas.

VI.

DE PROFUNDIS AD ALTUM.

En la reserva de aparejos de la panza, Gilliatt tenía á su disposición un encerado embreado bastante grande provisto en sus cuatro esquinas de largas agujetas.

Cogió el encerado, amarró dos de sus ángulos por medio de las agujetas á dos eslabones de las cadenas de la chimenea por el lado de la via de agua, y echó por encima de la orla el encerado. Este cayó como una sábana entre la Douvre menor y la barca y se sumergió en el agua. Queriendo entrar el oleaje en la sentina lo aplicó contra el casco al agujero. Cuanto mas el agua empujaba, tanto mas se adhería el encerado. Estaba éste pegado á la